

Progreso



BEATRIZ ESPEJO

Para Hernán Lara Zavala

Para Hernán Menéndez

Para Elvia Rodríguez Cirerol

Mi padre intentaba casarme con un muchacho que fuera de la casta divina. Lo sé ahora cuando los recuerdos empiezan a sostenerse en hilos de mariposa. Me compró un guardarropa surtido y cada año me enviaba, los meses de julio y agosto durante la temporada de Progreso, a casa de doña Felisa Lejeune. Una construcción sólida con fachada más bonita que el interior, espaciosa terraza frente al mar, entrada ancha, *hall*, saloncito a mano derecha, escaleras y recámaras en la planta alta amuebladas con lo indispensable para tener muchas comodidades y ninguna molestia. Y si lo pienso, no había nada rescatable o hermoso en el plano arquitectónico, en las paredes o sobre el piso. Los espacios se llenaban de cosas que nadie quería y doña Felisa mandaba de veraneo por considerarlas cachivaches indignos del Paseo Montejo.

Y al volver preguntaba cómo me había ido. Yo le describía las minucias del viaje, pequeñas aventuras. Me demoraba comentándole mis adelantos culinarios y la delicia de recibir serenata. La oscuridad nocturna iba transformándose en algo sutil entibiado con una brisa que entraba por las ventanas abiertas mientras nosotras, Lucita Barragán, sobrina de doña Fe, la sombra suntuosa de una amiga gorda que la seguía y yo, oíamos trovar guitarras y voces melódicas, desde las hamacas cruzadas a lo largo del cuarto, gajos de mandarina alunizados que se mecían dulcemente.

Le explicaba que había aprendido la fórmula de mi panqué favorito hecho con mucha rayadura de naranja y buena porción de Courvoisier y que me había adiestrado elaborando platillos. Y ahí estaban en prenda los pollos mulatos que me enseñó Tomás el cocinero, pastita del relleno negro, punta de sal, pimientos morrones, manteca, vinagre, chiles largos, ajo, vino tinto del que sobraba en las comidas; pero aunque oía sin perder palabra, me entregaba el entendimiento de

su mirada tierna con un ojo imperceptiblemente más pequeño que el otro y recibía interesado la roja bola de queso holandés que yo traía por recomendaciones suyas, mi padre esperaba siempre noticias de mayor envergadura que no le llegaban.

Progreso nunca fue mi reino. Aunque todos compartíamos un plácido aletargamiento, en un punto del planeta que marcaba las horas exactas por los cambios de luz, la consigna general era combatir la aburrición. No desperdiciar un minuto de aquellos dos únicos meses. La playa se llenaba de gente y automóviles, antes de que se presentaran los nortes, la desbandada general, y las casas quedaran vacías, con las persianas bajadas y las cerraduras enmohecidas. Las conversaciones brillaban por su ausencia; en su lugar se hacían chistes, comentarios sobre personas que conocían todos menos yo, se inventaban voladas o se recordaban anécdotas de la obligada estancia en colegios de los Estados Unidos. Al principio quise intervenir, luego advertí que mi presencia no les preocupaba.

Por las mañanas la fiesta era la playa. Unas cuantas gaviotas traspasaban el aire diáfano. Se trataba de participar en la sopsandía ¿zopsandía? ¿Cómo se escribirá esta palabra que no he vuelto a repetir? El chiste era volver sopa a puñetazos una sandía gigantesca colgada como piñata de un mecate que la amarraba por la barriga. Y la fruta maravillosa, buena para saborearla en el jardín del Paraíso, se bamboleaba a una altura propicia y recibía los golpazos de una fila de jóvenes que arremetían contra ella a mano limpia, hasta que la cáscara verde y reluciente no aguantaba más. Se cuarteaba. El jugo escurría por la rajadura y alguien, del sopapo número cuatrocientos, lograba hacerla pedazos. Inmediatamente en una jauría bulliciosa los más veloces se abalanzaban a coger trozos y arremetían contra los otros embarrándoles la pulpa hasta que las semillas negras les quedaran enredadas en el pelo como gruesas chaquiras y la miel roja les cubriera cara, pecho, piernas, en medio de manotazos y risotadas interminables que casi se volvían hipo enfrentando luego las olas a grandes y feroces zancadas.

Sobrarreglada, con zapatos de tacón alto que se encajaban en la arena suelta, demasiado maquillaje en pestañas y mejillas y una piel poco resistente que a la menor provocación se llenaba de pecas o se ponía como filete Wellington, me quedaba en una silla de lona bajo el ala protectora de mi sombrero, amparada por un muro. Pensaba que algo se había detenido, sin cuestionamientos o interrogantes, como homenaje a unas costumbres. Experimentaba sensaciones de invalidez y aislamiento, rechazo y ganas de compartir esa alegría de cachorros preocupados sólo por divertirse creyéndose dueños de su mundo sobreprotegido y conforme, en que el gozo inmediato era una certidumbre de estar viva atrapada con sólo palpase el cuerpo.

Y arriba se hallaba el sol, sus rayos amarillo intenso de cuento infantil; abajo, el mar fosforescente apenas ondulado y la luz engeguecedora como una fotografía tomada con el lente demasiado abierto que a fuerza de brillos disolviera los contornos de quienes retozaban en la orilla, las cabezas de los que nadaban lejos, canicas que subían y bajaban en el ondulado movimiento, y los perfiles de los que yacían sin preocupación bajo las sombrillas playeras.

Alguna vez, cómo olvidarlo, América Valés salió del mar con el paso armonioso y amplio de los atletas. Su carne dorada cubierta por una capa de aceite detenía gotas que se escurrían lentamente por su espalda, sus hombros y sus senos. Se alisaba el cabello castaño lleno de sal atrás de las orejas y con las manos en alto parecía una venus criolla, Afrodita reencarnada saliendo de las aguas, segura de su belleza pero más segura aún de su juventud exultante caminando hacia donde yo estaba en busca de una toalla y para refugiarse en un lugar sombreado.

Don Félix y doña Felisa Lejeune tenían el secreto del amor hecho de condescendencias. Aparentemente no se parecían sino en el nombre. Ella era gruesa; él, pequeño. Los rasgos fisonómicos de ella resultaban precisos; los de él se diluían en el panorama como si, a fuerza de haber padecido temperaturas sofocantes, algo cerúleo y evanescente se le hubiera fugado. Él era de pocas y afiladas palabras; ella platicadora, vestida de negro a pesar del calor; él usaba frescas guayaberas, ajenas a la ostentación; ella llevaba en los oídos dos brillantes del tamaño de un garbanzo. Él no simulaba interesarse mucho por la gente; ella mantenía contra viento y marea su prestigio de ser la mejor anfitriona de Mérida, no sólo por la esplendidez de su mesa sino por el solícito afecto que prodigaba a sus huéspedes. Él cifraba su existencia en consentir a su mujer; ella le inventaba programas cotidianos que no le permitían sosiego.

Después de la comida se tomaba una siesta y a eso de las cuatro se organizaban partidas de canasta uruguaya que doña Felisa no perdonaba. Florecía conforme avanzaba el reloj. Se alegraba de su suerte, llamaba cochón a su marido, vigilaba la llegada de sus invitados, la buena disposición del evento. Cándido el mesero se empapaba el pelo de Glostora, sus facciones se hacían más orientales y metido en su filipina ordenaba hileras de copas. En la terraza aparecían varias mesitas con

cuatro sillas, ceniceros y mazos de barajas. Y aunque los jóvenes no participaban, de vez en cuando doña Felisa recién bañada afinaba su tono sensual de fumadora impenitente para ordenarme completar un cuarteto, con alguna de sus amigas y el padre López Ortega, ex condiscípulo de mi papá en la escuela de don Manuel Alcalá o en algún Instituto cuyo nombre se me olvida.

Yo podía mantenerme atenta a lo largo de los dos primeros juegos que generalmente ganábamos. Después empezaba a perder. No me apasionaba la defensa heroica del monte, creciente a cada carta tirada entre guiños de ojos con chispas pícaras, tragos de licor, ruidos de hielos contra el cristal y bocanadas neblinosas. Mi concentración iba rumbo a las nubes que se nos deslizaban encima, moles aéreas, encajes remendados como la mayoría de mis recuerdos, lentos trasatlánticos de algodón recorriendo su travesía celeste. Y aquello era una masacre a pesar de mis esfuerzos. Finalmente el padre



López, involucrado a medida inversa en que mi fantasía volaba, subía con un dedo los espejuelos escurridos hasta la punta de su nariz, mientras ordenaba sus naipes me ensartaba inquisitorialmente con la mirada y malhumorado sugería mi remplazo.

Así, entre confusa y contenta, me sentaba en una mecedora con un caracol encontrado entre la arena en cuyos contornos retorcidos veía la síntesis del universo, y un libro que contaba la historia de Hypatia, consejera de astrónomos. Se daba el lujo de desdeñar a su emperador y fue acusada de saber mucho latín. Ambas cosas impedían la contemplación del paisaje, del mar que cambiaba de colores. Me llevaban a otros espacios nada tropicales, quizás dolorosos, complicados o agonizantes en los que me sumergía sorteando vaivenes sin escuchar ya los murmullos cercanos ni intercambiar palabra salvo con don Félix, abstraído en el horizonte, quien me

confesaba que el secreto de un buen matrimonio era la tolerancia mutua; aunque yo aceptara su confidencia con ojos desencantados.

A las cinco o seis, en un expendio de los portales donde sobre el suelo se reflejaban arcos de luces y sombras, bebíamos agua de lima. Enormes porciones rebosantes de líquido verde tierno, servidas con ademanos cadenciosos y amables, sonrisas habituales en cuanto ser humano podía encontrarse a la redonda, y la seguridad de que estaban ofreciéndonos una delicia digna de dioses olímpicos. Al anochecer olía a yodo, légamo y algas muertas. Caminábamos por el malecón hasta el final del muelle sobre la alfombra del océano tendido al infinito. Arriba, la luna lanzaba reflectores que rayaban la oscuridad sobrecogedora.

Y continuaba el ritual, comprar en la Casa Garabana o quizás en la Suárez y Crespo, la Baltasar Jofre, Milán Hermanos o en algún puesto del mercado, una caja entera de vasos



baratos, subirlos a un *jeep* y recorrer al oriente desde La Flor de Mayo y al poniente hasta el cementerio viejo para asustar a quienes tuvieran la mala fortuna de toparse con nosotros. Bordeábamos la ciénega. Cazábamos a los chinos de las lavanderías. Nos desplazábamos por la calle 30 como quien no quiera la cosa. Dábamos vuelta al Parque de la Independencia. Sorteábamos acosos perrunos. Recorríamos los rincones del puerto en busca de mestizas dispuestas a tomar el fresco con sus abanicos de sándalo, que hubieran sacado mecedoras a la banqueta y no esperaran el embate de un vehículo que las apuntaba. Las fijaba en la mira, hacía chirriar las llantas a gran velocidad y en el último instante, casi al embestirlas, frenaba milagrosamente a escasos centímetros de distancia dejando caer vidrios violentos que estrellados contra el pavimento parecían bombas. Las caras de azoro provocaban carcajadas delirantes y se consideraba un triunfo total cuando

las mujeres, con sus sillones a cuestas tropezándose unas contra otras, se metían y cerraban la puerta. Nuevamente a encontrar víctimas, hasta las doce en que se hacía resumen de los logros obtenidos, y a dormir pensando cómo animarse los siguientes días.

Las semanas transcurrían con ligeras variantes. Lo más placentero eran los recorridos en yate. Preparábamos una canasta con café, cervezas y botanas. La costa se alargaba, las casas empequeñecían, la vegetación se convertía en manchas y se anunciaba la pesca. Pesca con anzuelos e hilos tendidos desde la popa, golpes intermitentes del oleaje contra el casco, los motores apagados esperando un jalón indicador de que la presa picaba y debíamos apurarnos pues en un descuido podía escaparse. Salíamos a las cuatro y media de la madrugada para aprovechar el tiempo. El padre López Ortega nos acompañaba decidido a impedir cualquier desmán, el contacto de dos muslos, un abrazo prolongado. Su sola presencia metía orden en los marineros e indicaba que a pesar del clima y las actividades necesitábamos ponernos prendas que cubrieran pudorosamente la desnudez del traje de baño.

Algunos lo ataban a las bancas del barco; pero con un corbel enrollado en la mano, yo no estaba tan fuera de lugar porque los peces venían a mí con desaprensiva insensatez. Y los entregaba a los marineros para amarrarlos por la cola con una tira de palma. Sabía poner la carnada que habían cortado previamente, tiraba el anzuelo y no recuerdo que se me hubiera atorado en el fondo rocoso. Embriagada por mis triunfos aventaba lejos playera o blusa, que me parecían estorbos y me quitaba sin ningún recato y sin importarme los gestos desaprobatorios del padre López, ni sus posteriores sermoncitos y recomendaciones durante la merienda.

El caso era sentirse triunfadora en algo, porque en los bailes tampoco encontraba acomodo. No es que faltaran parejas, es que me empeñaba en polemizar sobre derechos sociales. ¿Por qué se asombraban tanto de que peñadoras y manicuristas se presentaran en el casino con trajecitos confeccionados por las costureras que elegían sus telas, figurín a la vista, en los establecimientos de Alejandro Domani, Juan Moisés o Antonio Sid? ¿Qué no se pagaba con el mismo dinero? ¿No se vendían las entradas? ¿En qué lógica se basaba aquello de que la gente debía automarginarse? ¿Guardar su sitio? ¿Nadie había oído el consejo de amarse los unos a los otros fuera de su pequeño círculo? Mis peroratas subían al firmamento estrellado con sus constelaciones dispuestas a ser contempladas, quedaban perdidas en el espacio sideral, se paraban arriba de las palmeras, subían a la torrecita rosa en la iglesia del zócalo, se escondían entre los pétalos de un tulipán, en la paja de alguna vivienda, o iban derecho al reino de la buena educación donde se pasan por alto las impertinencias. A palabras necias oídos sordos, me respondían los rostros felices de esos adolescentes que usaban lentes negros y bronceadores.

Y después nadie deseaba emprender el camino de la trascendencia sino el de la música que salía por las bocinas en el convertible que nos llevaba a los pueblos y lugares próximos.

De las haciendas pasábamos a Uxmal, a Motul para comprobar que allí vendían huevos deliciosos. Las fiestas se multiplicaban a lo largo de los días, actividades y excursiones también. Las bromas sostenían su ritmo de cascabeles, interminable ir y venir que para mí se suspendería con un último paseo a Chichén. Por algún sendero vecinal, nos encontramos de pronto extraviados a mitad de una hectárea sembrada con plantas de henequén, uniformes, picudas y alineadas como ejército impenetrable.

En la distancia vislumbramos el sombrero de un hombre. Por la gracia divina que le daba ser bonita, rica, alta, segura de sí misma, de raza blanca, América Valés gritó haciendo un llamado con el brazo: ¡Hey, tú, indio, ven pa'ca!

Con el sombrero en la mano, unos pantalones doblados hasta las rodillas y una camiseta blanca, el campesino se acercó diciendo: ¿Ordene usted, niña? Y que intervengo con un:



¿Señor, por qué responde con tanta gentileza a palabras tan groseras? Alguien dijo que no era un señor sino un indio, bastaba con verlo. Y que me enoja. Otra vez aquello de ¿en qué cabeza cabe? ¿No te gusta estar contenta! ¿Nunca han pensado? ¿Qué los hace superiores? ¿Siempre complicas todo! ¿A quién se le ocurre entremeterse? Y lo que entra por un oído, sale por otro; mientras el campesino confuso nos daba instrucciones para salir de allí, aunque sólo quería alejarse.

En Chichén nos dispersamos. Las risas se posesionaron de los nichos, se enrollaron en las columnas, se columpiaron de los árboles. Desde lo alto del Castillo se fueron alejando. Dejé de oírlas para entrar en la dimensión de lo inefable. Las humedades hacían mapas en los muros legendarios. El cielo azul intenso contrastaba con el verdor vegetal de fulgurantes esmeraldas y, conjugados a la distancia con un resplandor solar, daban un espacio, un círculo violeta. Además estaban allí

las escaleras abismales para ser bajadas en zigzag, el equinoccio de otoño y el solsticio de invierno anunciados en el hemisferio boreal, la rosa de los vientos y el silencio. El silencio ensordecedor de los siglos. Y el milagro, la primera emoción estética real de mi vida. No se trataba ya de recetas aprendidas, compartir juicios ajenos ni de mostrarse pedante. Era la belleza entrando por los resquicios del corazón que en fragmentos de segundo me hicieron creer que efectivamente los caracoles son muy misteriosos, tanto como todo lo que alcanzaba la vista. Sentí emociones reveladoras, etéreas, frágiles, huidizas.

Junto al coche hacían señas para que me acercara. En la carretera quizás íbamos menos ocurrentes. No lo recuerdo; pero recuerdo que esa noche, cuando regresamos de nuestros entretenimientos acostumbrados, estaba doña Felisa conversando con el padre López en el recibidor prendido. Ambos



tenían un vago aliento circunspecto nada adecuado a sus respectivas personalidades. Saludé y subía las escaleras rumbo a mi cuarto, cuando doña Felisa dijo que el padre esperaba oírme en confesión. ¿En confesión?, yo no pedí confesarme. Deben haberse equivocado. Es que me preocupan, hija, esas ideas tuyas revolucionarias. Y ante un mohín de rechazo, el recurso infalible. A tu papá no le gustaría saber que te has vuelto comunista. ¿Comunista, padre? ¿Debe andar mal de sus cables! ¿No que es cristiano? ¿O a fuerza de repetirlas se le borraron las enseñanzas del catecismo? ¿Por qué no mejor procura que se confiese América? Y un por favor, Beatriz, cuida tus palabras, respeta a un sacerdote. Y la rubia voz del padre con leves temblores de ira, y la voz conciliadora de doña Felisa. Todos de pie. Y un deseo grande de subirse al avión, desempacar mis cosas con la maleta sobre la cama y contarle a mi papá que aprendí a preparar comida yucateca. ♦